

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Homenaje de la Honorable Consiliatura

EL RECTOR Y EL CLAUSTRO

Por **Carlos Echeverri Herrera**

Un árido aire de orfandad azota el Claustro desde la muerte del Rector.

Una muerte ciertamente presentida en vista de circunstancias físicas ineludibles y agobiantes, pero no estimadas de antemano en cuanto a los alcances de su impacto sobre el espíritu contrito de la Nación y la turbada muchedumbre de sus discípulos.

Nadie ignora el significado de Castro Silva en las letras patrias, a cuyo esplendor contribuyó con páginas inimitables e imperecederas, ni su fluída y castigada elocuencia, ni el vuelo de su espíritu, ávido hasta el último instante por escrutar los extremos secretos de la sabiduría humana y del Verbo Divino.

Pero aquellos dones que la República siempre admiró en este gigante de la inteligencia, desplomado al fin por la muerte, no son, con todo hablando en términos del Claustro, a cuyo destino estuvo felizmente apegado por tantos lustros, ni el ángulo de su personalidad que más apetecíamos, ni el legado principal que dejó a la memoria y al cuidado de las nuevas gentes que en estas aulas se aprestan al porvenir.

Nosotros destacamos en Castro Silva, principalmente, al grande amigo, despojado ya de la pompa Renacentista y las raudas palabras de sus mejores años de tribuno eclesiástico, el amigo de las buenas obras, de las pasadas cuitas en pesca de almas para el amor de Cristo y al maestro que en la Cátedra traducía su doctrina a cláusulas de Filosofía magistral, tersas y sobrias.

Antes que los hombres cultos el mundo requiere hombres cristianos, pues sin aquella condición, la cultura resulta falaz e inconsistente, como puede probarse sin mayor esfuerzo crítico a través de la historia del presente y los siglos pasados.

Esta fue la convicción del maestro y guía, cuyas cenizas guarda hoy la capilla del Colegio al lado de las de otros grandes de Colombia.

Sobre tal convicción, construyó Castro Silva la formidable obra maestra de su vida. Enseñando en la Cátedra o en la conversación amable de cada día, revelaba la llama viva de su fe en la fuerza impulsora del cristianismo, sin la cual ni la verdad, ni la paz pueden ser conquistadas. Por ello ante su discurrir siempre hacíamos memoria del Doctor de la Iglesia, según el cual, "pretender encontrar la verdad para ser mejores, es un contrasentido, pues es preciso ser mejores para hallar la verdad".

Nos atrevemos a esta nota, no obstante estar aun bajo la dura y seca impresión de la ausencia de aquel que ejerció durante medio siglo, en forma inconstable, un Magisterio y un Ministerio perdurables.

Pero pese al dolor, vibra también en el espíritu del Rosario, el compromiso de avanzar con ahinco en la senda de superación por la inteligencia y por la fe, que la parábola vital de Castro Silva dejó descrita para las generaciones actuales y futuras.

La muerte del Rector fue la muerte del Justo, pero cuanto trasciende de su vida, la convierte también en descanso del triunfador, al estilo cristiano. Como el apóstol Pablo, bien hubiera exclamado al morir: "He combatido el buen combate, he ganado la jornada, he guardado la fe".

El Rector Castro Silva es uno de esos raros seres destinados a vencer de la muerte.

DISCURSO DEL H. CONSILIARIO DR. JUAN RAFAEL BRAVO

Señores:

En la amargura de los momentos que siguen a la muerte del Rector del Rosario, y en la incertidumbre por el futuro de nuestro Colegio, surge la memoria de Monseñor José Vicente Castro Silva como un soporte moral, como una voz de aliento, como una llamada desde lo intemporal.

La personalidad de Monseñor Silva fue una obra maestra de equilibrio y prueba de ello es que dos sentimientos nos congregan en esta hora: el afecto por el maestro y la admiración por el hombre. Fue un idealista que creyó en valores sobrehumanos, a los cuales consagró toda su vida: pero también fue un hombre que llenó su existencia de espontaneidad y de afecto. La pasión por lo eterno jamás lo alejó de su atención por lo concreto. Aunque siempre fue un modelo de elegancia, de rectitud y de inteligencia, jamás aceptó la falta de autenticidad vital. El mismo resumía lo anterior en una frase inolvidable, que muchos de sus discípulos escuchamos varias veces: "lo que es profundamente humano es esencialmente divino".

Como escritor, Monseñor Castro fue un modelo de ingenio, elegancia y garbo. Su inteligencia siempre estuvo dispuesta a mirar desde nuevos ángulos, a descubrir nuevos matices, a captar nuevas realidades. Su estilo, brillante y rico, usaba de la metáfora, con discreción y exactitud en aquellos momentos en que se colocaban al alcance de la mente realidades latentes, que no podían ser aprehendidas con los instrumentos normales de la inteligencia.

Durante más de siete lustros, Monseñor Castro consagró sus energías a enseñar, con su palabra y con su ejemplo, la filosofía y la virtud. Estas dos enseñanzas han hecho de varias generaciones de jóvenes lo que caracteriza el espíritu rosarista. El rosarista se destaca por su preparación intelectual y profesional, pero, por sobre todo, se distingue por su actitud ante la vida: sabe que la ciencia y la técnica tienen un subfondo de perennidad, de trascendencia y de razón de ser última, que legítima y